

su ronco bramár.
Quiero el himeneo
en la caravana
y oír del camello
un tardo compás;
escuchar los cantos
de los beduinos
del Simún terrible
los montes mudar.

JUAN SORIANO MARTIN

Desde mi pupitre

Para «El Caballero Peregrino»

In Memoriam

Un negro crespón flota, tétrico,
en mi espíritu, acongojado por las
tristes nuevas que hasta mí llega-
ron, nublando de lágrimas los ojos
por el desgraciado fin de nuestro
«Caballero del Bosque».

Cierta fué la mariposil revela-
ción; airado el rey de la selva por
la momentánea deserción del que
fué en vida bizarro paladín, formó-
le sumaria rapidísima y su inimita-
ble pluma cayó a cercén bajo el
mandoble del verdugo.

Tristísima no es su tan repentina
desaparición; prometía su péñola
brillante, almiraba por las exquisi-
teces de su nimen florido, deleites
y placeres sin cuento a los afortu-
nados que admirábamos sus cróni-
cas bellísimas. Mas aunque la con-
goja quiera convertirse en llanto y
cantar una elegía digna del infortu-
nado camarada, el deber nos impo-
ne el doloroso sacrificio de acallar
la pena que agobia nuestra alma, y
dar comienzo a la charla hacia la
que nos impulsan nuestros corazones
ciudadanos.

Descanse, pues, en paz, el malo-
grado artista de la frase gentil, y
sírvanle de pobre epitafio las líneas
que le consagramos.

Os armo caballero

A manera de prólogo, y antes de
entrar en materia, vais a permitir-
me, señor peregrino, una leve di-
gresión que háseme venido a las
mientes, al contemplar con qué can-
dorosa humildad firmáis vuestros
escritos.

Con más derecho que ninguno—
y no lo digo por alabaros—podéis,
orgullosos, ostentar el título de ca-
ballero, y como por azares de la vo-
luble suerte pertenecemos a la an-
dante profesión, nos abrogamos la
facultad, que nadie puede disputar-
nos, de daros el espaldarazo de
ritual, previo juramento sobre los
sagrados códices, y anteponiendo
vuestra noche de armas, que, celo-
so y cumplidor, necesitáis velar,
para poder mostrarnos como digno

miembro de la inmortal caballería.

Quede, pues, sentado, que eh
adelante seréis *Caballero Peregrino*,
y que habéis de honrar vuestra
noble ejecutoria con páginas glorio-
sas dignas de la elevada alcurnia a
que pertenecéis.

Ahora, a tiempo que cifo a vues-
tro costado el invencible acero, es-
cuchadme, habéis una amonesta-
ción amistosa, a fin de que cumpláis
cuanto nuestra andante caballería
ordena y que podáis tremolar, vic-
torioso, mecido por las matinales
auras, el gallardete dignísimo que
os hemos conferido.

Presente necesitáis tener, neófito
caballero, que nuestra ingrata ca-
rrera está sujeta a malandanzas y
obstáculos sin cuento que precisa
sufrir con resignado semblante, en
cuanto que si el ánimo se conturba
y el espíritu se acobarda y empe-
queñece, los arrestos decaen y no
se tiene la templanza y vigor neces-
arios para finar las empresas que
han de añadir laureles a los pena-
chos cimbreantes de vuestro escudo.

No os dejéis engañar, tampoco,
de falsas apariencias. Quiere esto
significaros que tropezaréis en
vuestra abrupta senda con torpes
malandrines que tratarán de soca-
yar las rectas intenciones que os
impulsen, para variar sus derrote-
ros y arrastraros por apartados lu-
gares, dó hallaréis falsas y bajas
traiciones.

Por árdua y escabrosa que os
parezca una aventura, no la aban-
donéis sin antes pesarla en la rec-
tísima balanza de vuestra concien-
cia; si el fin es caballeresco y noble,
proseguirla a trueque de todo sin
que valgan mordazas que os ame-
drenten, ni la insuperabilidad en
los medios de que tengáis que ser-
viros.

El caballero que se precie de tal,
necesita fijar sus ideales en Dios y
en su dama. Estos dos talismanes
serán la llave dorada que abrirán
cuantas puertas encontréis cerradas
a vuestro paso.

El arrojo ha de ser el que os con-
duzca a la victoria.

Sed cauto, comedido, previsor,
noble, intrépido, confiado, y antepo-
ned a toda injusticia la fortaleza de
vuestro brazo, con lo que cimaráis
cuantas aventuras acometáis, con
lauro y triunfos que añadir a vues-
tras glorias.

La del alba sería...

Desde mi pupitre contemplo,
absorto, la inmensa llanura que se
extiende cual verde tapiz orlado de
fantásticas policromías, sobresa-
liendo la nota vigorosa de una cin-
ta plateada que la surca arrastrán-
dose, despidiendo, en vertiginosos
momentos, hazes cegadores refle-

jos de la brillante luz cenital.

Una polvareda, que más nubeci-
lla parece por lo lejana, diviso del
horizonte en el confín.

Hiere mis oídos el vigoroso galo-
par del noble bruto que siente sus
hijares rajados por la espuela de
un arrogante e intrépido jinete que
cruza, veloz, por la llanura.

Consigo hacerme oír por los
brancos sonidos de mi trompa de
caza, y, volviendo grupas, se me
acerca, gentil, saludando graciosa-
mente con su enguantada mano.

En pie de guerra viene el caba-
llero y ricos arneses adornan su
alazán. Trae la faz cubierta por la
celada. Vallosa armadura lo hace
invulnerable. Cuelga de su cinto
larga tizona, acostumbrada a los
tajos y mandoble, y un rico pena-
cho corona su conjunto. Embraza-
da en la diestra lleva la lanza de
batalla, que armoniza con el escu-
do, que pende, airoso, del arzon.

—¡Quién sois!, le preguntamos.

—«El Caballero Peregrino» que
busca su primera aventura.

Y haciendo girar a su caballo,
con una leve inclinación de cabeza,
partió, rauda, al encuentro de la co-
mitiva que se divisaba en lontananza,
seguro de no encontrar obstá-
culos que vencieran su intrépido co-
razón y valiente brazo.

Tranquilo quedé, porque de su
bravura espero grandes hechos.

Y ahora, amigo Caballero, que
os supongo con los laureles del
triunfo, aguardo buenas nuevas de
vuestras hazas.

EL CABALLERO DE LOS ESPEJOS

REDENCIÓN

Huyamos de la orgía y los placeres
que los sentidos turban y embriagan;
despreciemos los mismos lujuriantes
de torpe Mesalinas descocados,
que en el templo de Venus nos ofrecen
las morbideces de su carne ajada,
y entonemos un himno, redimidos,
en holocausto de la esposa santa:
falso placer que turba los sentidos
y mancha la pureza de las almas,
no es el gace tranquilo y sosegado
que en la quietud de la casita blanca,
reconforta el espíritu abalido,
con la líbia caricia de sus alas...

Huyamos de los falsos espejismos
con que el vicio, insensatos, nos engaña
y troquemos en túnica de armiño
el sayal infamante de la crápula:
que, cuando por el lodo de la vida
es la carne no más la que se mancha,
aun puede resurgir, cual nueva surore,
del alma la pureza inmaculada.

Un viejo de Dalías

GENTE NUEVA es el ór-
gano de las juventudes de
estos pueblos.